La clínica esquizoanalítica y sus líneas de fuga

di ALFONSO LANS

Abstract

In this excerpt from his latest book, *Una Clínica Esquizoanalítica*, Lans suggests that we think of psychotherapeutic processes as an exercise that involves a critique of the values and a clinic of the lines that compose individuals, groups and institutions. According to him, these are two determining aspects of the problematization related to any schizoanalytic intervention. In this movement we can recognize an abandonment of the old notion of transfer in favour of the idea of encounter understood as the production of a bodily and affective field that allows us to perceive the lines on which the life of those who consult and are consulted takes place, which makes possible the emergence of lines of flight in each situation.

Individuos y grupos estamos hechos de líneas; y la clínica, tal como la concibe el esquizoanálisis, no sería otra cosa que cartografiar el trazado de estas líneas, en un plano de consistencia para determinar cuales se hallan bloqueadas, cuales se continúan, cuales entran en relaciones de vecindad. Fundamentalmente se trata de visualizar cual es la de mayor pendiente, aquella que es capaz de arrastrar las demás y determinar hacia que dirección o destino lo hace. En este punto clínica y crítica se confunden de modo riguroso, ya que si la clínica se define por el trazado de las líneas al modo de una cartografía, esta no puede efectuarse más que sobre un plano de consistencia que solo puede proporcionárselo la crítica. Una crítica como arte de las conjugaciones y una clínica como arte de las declinaciones o pendientes. Ya no hay formas que se organicen en función de una estructura, sino afectos que se conjugan en agenciamientos maquínicos de deseo.

Es Nietzsche quién primero denuncia que Kant no supo o no pudo formular el problema en relación al origen de los valores. Sin embargo y a pesar de su voluntad de demolición, la operación que emprende no dejará de ser traicionada por la filosofía, pero también por el psicoanálisis. La modernidad se ha servido de ellos para iniciar una *crítica a los valores*, tan inconsistente como acomodaticia, al tiempo que engendraba *en la vida cotidiana* tantos nuevos conformismos como sumisiones.

La clínica psicológica ya no debe sustraerse a la crítica, si como práctica social pretende ser tan consistente como radical. Al introducir la crítica en los procesos psicoterapéuticos se produce una verdadera inversión, puesto que los valores que envuelven al consultante como al psicoterapeuta suponen *puntos de vista* de apreciación (trascendentes) que instituyen la evaluación de sus actos. Se formula entonces el problema de un modo diverso en tanto la crítica ataca el problema de los valores, creando así un nuevo punto de vista

que efectúa un paradigma ético-estético (inmanente). Tal postura ética requiere implementar una nueva concepción de encuadre, en tanto es necesario que éste devenga móvil a la vez que componente esencial de un nuevo agenciamiento de enunciación colectiva, plural por definición, que despliega la crítica como acción micropolítica a la vez que terapéutica.

La evaluación, según Deleuze, deviene en el modo de existencia de los que juzgan y valoran, sirviendo de principio a los valores en relación a los cuales se juzga la vida:

"Esta es la razón por la que tenemos siempre las creencias, los sentimientos y los pensamientos que merecemos en función de nuestro modo de ser o de nuestro estilo de vida" (Deleuze 1986)

El proceso psicoterapéutico para su devenir requiere se analice toda referencia al fundamento moral, es necesario puesto que el fundamento sustrae los valores del analizante de su origen social e histórico, se conserva así el código que escinde el sentido de la práctica social. Se olvida que el "principio" emerge de un estado de cosas y no a la inversa.

Deleuze encuentra necesario *oponer a los principios* de universalidad y semejanza los sentimientos de diferencia y distancia.

Por otra parte al introducir en el proceso psicoterapéutico el método crítico genealógico se ponen en entredicho tanto a la posición kantiana como al utilitarismo; abriendo la posibilidad de analizar el conformismo moderno al poner en estado de variación los puntos de subjetivación que fijan los enunciados dominantes a los estados de cosas que padecemos.

La crítica entonces deviene positiva, en tanto que el elemento diferencial que extrae el análisis implica a su vez una creación. Aquella deja de ser una reacción para devenir una acción plena que se opone a la venganza, al rencor y al resentimiento.

"La crítica no es una re-acción del re-sentimiento, sino la expresión activa de un modo de existencia activo" (Deleuze 1986)

El programa esquizoanalítico implica, aunque no se agota en ella, una nueva organización de la clínica psicológica y la psicoterapia, volviéndolas intrínsecas a una determinación de los valores del futuro que a su vez reorganicen sus desvíos bajo otros agenciamientos. Al partir de él, el proceso creativo - productivo - deseante emerge en toda su plenitud como acción política estratégica, el fenómeno ya no será una apariencia, ni siquiera una aparición en el sentido kantiano, sino el signo de una fuerza actual y por ello actuante, que deviene agente.

La clínica deja de ser estructural para devenir en una clínica del acontecimiento, resigna la aplicación de axiomas para trazar cartografías, abandona los esquemas arborescentes significantes para dar paso a movimientos rizomáticos; al tiempo que nuestra mirada requiere ocuparse cada vez con más frecuencia de acontecimientos singulares e incorporales que se efectúan en cuerpos y estados de cuerpos. En definitiva la clínica cambia de estatuto para ocuparse de acontecimientos, devenires y agenciamientos maquínicos que atraviesan las estructuras personales, grupales e institucionales, tanto como los reinos: social, animal, vegetal y mineral.

Desde esta perspectiva crítica la emergencia de lo real, si se devela emergente, lo será de un campo de fuerzas, de modo que fenómeno y sentido quedarán correlacionados. Como sabemos la fuerza siempre se expresa como apropiación, dominación o explotación en un campo corporal y afectivo, de modo que una cosa no será otra que la sucesión de las fuerzas que se apoderan de ella, como de la coexistencia de las fuerzas que luchan por lo mismo. El problema de la interpretación adquiere así toda su relevancia y complejidad:

"El sentido es una noción compleja: siempre hay una pluralidad de sentidos, una constelación, un conjunto de sucesiones, pero también de coexistencias, que hace de la interpretación un arte" (Deleuze 1986)

Podemos apreciar no solo la complejidad sino la vital potencia del pluralismo o empirismo superior que la propuesta esquizoanalítica inaugura: puesto que el acontecimiento revela la multiplicidad de sus sentidos, ya no hay sentido que no sea múltiple. De modo que una cosa tendrá tantos sentidos como fuerzas sean capaces de apoderarse de ella.

Aquí se nos hace necesario establecer una distinción primaria de las fuerzas; en tanto hay un tipo de fuerzas que solo pueden apoderarse de algo dándole un sentido restrictivo y por tanto un valor negativo, contrariamente entre los múltiples sentidos de una cosa se denominará esencia a aquella fuerza que presente mayor afinidad con ella aumentando su potencia y dotándola de un valor positivo.

Esta diferenciación es clave para establecer otra distinción que será imprescindible en el proceso psicoterapéutico: la distinción de los buenos encuentros de los malos encuentros.

La tarea del psicoterapeuta y su arte para interpretar el acontecimiento muestran su complejidad, ya que ninguna fuerza nueva podrá apoderarse de la cosa, si no adopta el modo de las fuerzas precedentes que ya la ocupan o han ocupado y con las que entra en conflicto. Desde el perspectivismo pluralista el propio objeto es fuerza, expresión de una fuerza. El ser de la fuerza, dice Deleuze, es el plural: una fuerza es dominación pero también objeto sobre el que se ejerce un dominio; una pluralidad de fuerzas actuando y sufriendo a distancia "siendo la distancia el elemento diferencial comprendido en cada fuerza y gracias al cual cada una se relaciona con las demás" (Deleuze 1986)

El ser de la fuerza se presenta en relación a otra fuerza, bajo este aspecto la misma deviene voluntad de poder; capaz de afectar y ser afectada cuando se expresa en un *campo* de fuerzas. En este campo, que denominamos *corporal y afectivo*, la voluntad de poder constituye el elemento diferencial.

Vemos emerger una nueva concepción, tan radical como revolucionaria: la voluntad de poder no se ejerce sobre músculos o nervios, sino necesariamente sobre otra voluntad. El problema se formula con precisión entre una voluntad que ordena y otra que obedece.

Mientras que Freud en relación a este problema apela a Shopenhauer que niega la voluntad en tanto creeen la unidad del querer, el esquizoanálisis la afirmará en tanto la voluntad de poder no depende ni de una unidad del yo ni del ego, sino de la multiplicidad de sentidos que ella manifiesta:

"Que cualquier fuerza se relaciona con otra, sea para obedecer, sea para mandar, he aquí lo que nos encamina hacia el origen" (Nietzsche)

La diferencia en el origen no es otra que la jerarquía, que es lo mismo que decir la relación de una fuerza dominante con una fuerza dominada o de una voluntad obedecida con una obediente. Sin embargo nada negativo podemos extraer de ellas, la fuerza que se impone no niega a la otra, sino que afirma su propia diferencia, es ahí que se gesta el goce. Lo negativo no esta presente en la esencia como aquello de lo que la fuerza extrae su actividad, lo negativo es un producto de la propia existencia. A la oposición y a la contradicción es necesario contraponer las diferencias como objeto de afirmación y placer. En este sentido en la clínica se trata de recuperar el gusto de ser diferente.

El proceso psicoterapéutico desde nuestra perspectiva requiere oponer a la moral del esclavo la ética de los espíritus libres:

"Es el esclavo quién sólo concibe el poder como objeto de reconocimiento, materia de una representación, baza de una competición, y por consiguiente quién lo hace depender, al final de un combate, de una simple atribución de valores establecidos." (Deleuze 1986)

¿Donde radica entonces el origen de la neurosis, en tanto posición subjetiva?

Nietzsche señala al sentimiento de culpa inyectado por la casta de los sacerdotes y de paso al cristianismo como un especial agente reductor de la vida en el mundo occidental:

"Que haya sufrimiento en la vida, significa para el cristianismo, en primer lugar, que la vida no es justa, que es incluso esencialmente injusta, que paga por el sufrimiento una injusticia esencial: ya que sufre es culpable. Después, significa que debe ser justificada, es decir, redimida de su injusticia o salvada" (Deleuze 1986)

En este punto nos hemos encontrado con la mala conciencia: "ya que el ser humano es culpable debe sufrir", ésta es la "esencia" de la neurosis.

En este punto Deleuze distingue magistralmente dos clases de sufrimientos como de sufrientes: los que sufren por la sobreabundancia de vida hacen del sufrimiento una afirmación, como de la embriaguez una actividad; los que por el contrario, sufren por un empobrecimiento de la vida hacen de la embriaguez una convulsión, del sufrimiento un medio para acusar la vida o contradecirla. Un medio para justificarla y resolver la contradicción. Resentimiento y mala conciencia son los dos males que componen el ser de la neurosis.

En la neurosis, la vida, en vez de ser experimentada es juzgada, rebajada, mutilada y mortificada en la misma medida en que es personalizada. En ella los medios serán tomados como finalidades, de modo que el deseo quedará capturado en la representación y la fantasía constituyendo una vida interior poblada de sueños, fantasmas y proyectos que sumirán al individuo en la frustración y la tristeza. La vida es replegada instituyéndose un objeto imaginario del deseo que aplasta los devenires al tiempo que bloquea el encuentro con lo real deseante, de este modo el neurótico se cierra sobre sí mismo produciendo una rica "vida interior" que empobrece su vida como ser social.

El neurótico padece girando sobre una pregunta que lo carcome: ¿Cuál es el sentido de *mi* existencia? Antes que Freud ya Nietzsche señalaba que la conciencia no era otra cosa que la región del yo afectada por el mundo exterior. La conciencia no se presenta como conciencia de si mismo, sino como la conciencia de un yo en relación a un ello, es decir a un yo de otro inconciente.

Es necesario comprender definitivamente que las personas, los grupos, las redes sociales y familiares están compuestas por líneas muy diversas, y que las personas por ello mismo no siempre saben sobre que líneas de sí mismos se está desplegando su vida. El problema de la existencia se expresa singularmente en los pliegues de la vida cotidiana, que se organiza en estratos al codificar los flujos y territorializar las líneas que componen individuos, grupos e instituciones; pero la vida con mayúscula se despliega en múltiples devenires.

Los devenires son los actos contenidos en una vida, expresándose en un estilo, pero este último no debe confundirse con una organización o una estructura, es un agenciamiento, un agenciamiento deseante, es decir, un co-funcionamiento de elementos heterogéneos.

Como psicólogos estamos condicionados por los desarrollos de la psicología del individuo, del psicoanálisis, a pensar en términos de historia personal, sin embargo los devenires actúan en silencio, son casi imperceptibles, no incluyen ni un pasado ni un futuro, ya que lo que cuenta en la vida no son ni los principios, ni las historias, sino aquello que se produce en el "entre". Devenir no es imitar ni adaptarse a un modelo, nunca hay un punto del que se parta ni al que se deba llegar, todo acontece por el medio.

Como dice Deleuze "las personas siempre piensan en un devenir mayoritario (cuando sea grande, cuando tenga poder…) cuando en realidad el verdadero problema es devenir minoritario"

La vida de las personas muestra una vulnerabilidad psicológica a la vez de una fragilidad física, pero eso no significa una falta de ser, sino un tartamudeo vital que constituye el encanto de cada uno, que a la vez de reenviar al sujeto a su propio agujero negro, en el que se resguarda del mundo exterior girando sobre aquellos miedos que lo acosan, resguardándose ilusoriamente de los peligros de un mundo exterior que será experimentado como persecutorio, que sin embargo lo empuja a efectuar sus determinaciones, en definitiva a vivir.

El encanto no es la persona sino lo que hace que captemos sus combinaciones y las posibilidades únicas de la que tal combinación emerge. En definitiva lo que se afirma en la singular combinación que expresa el encanto de una persona es su capacidad de vida.

Cuando el psicoterapeuta trabaja con su paciente está forzosamente solo, no puede crear escuela ni formar parte de una, no obstante se trata de una soledad extremadamente poblada, ya que sobre esta soledad puede efectuarse cualquier tipo de encuentro. Un encuentro, dice Deleuze, quizás sea lo mismo que un devenir, encontramos personas, pero también movimientos, ideas, acontecimientos y entidades. Aunque todas ellas tengan un nombre, el nombre propio no designará a una persona o a un sujeto, sino a un efecto, una diferencia de potencial. Terapeuta y paciente no encuentran el uno al otro sin entrar en un devenir que, sin embargo, no es común para los dos, puesto que poco tienen que ver el uno con el otro, sino que es algo que se produce entre ellos, se conforma o agencia un bloque de devenir, que efectúa la línea de fuga al desterritorializar a ambos.

El devenir no pertenece ni a uno ni a otro, sino que se despliega "entre", es una velocidad absoluta que fluye por el medio, pero ese medio no es un centro, ni un núcleo, tampoco es una moderación (el justo medio), es una modificación que expresa un movimiento que no va de un punto a otro, sino que se crea entre dos niveles como una diferencia de potencial. Es una diferencia de intensidad que produce un fenómeno.

El problema para la clínica es la velocidad absoluta del pensamiento, puesto que al lanzar el pensamiento como una máquina de guerra se trasmuta el campo corporal y afectivo en un campo problemático, se despliega un proceso en el que deberemos distinguir los falsos problemas de los verdaderos problemas.

Los devenires son creados por una línea de fuga, una desterritorialización, un flujo. Un flujo es algo intensivo y mutante que se efectúa entre una destrucción y una creación, solo cuando un flujo ha sido desterritorializado logra entrar en una nueva conjunción con otros flujos. La línea de fuga es la que crea este tipo de devenires en el que los flujos se conjugan maquinando en agenciamientos de enunciación colectiva. Que la línea de fuga o de mayor pendiente, abandone un territorio, que arrastre un medio, no quiere decir que consista en una huida de la vida, o en una evasión en lo imaginario, muy por el contrario huir por el medio, devenir, es producir lo real.

Como dice Deleuze cuando se refiriere a la práctica del psicoanálisis lacaniano:

"Han aplastado todo de antemano. Es el mismo resentimiento, el mismo gusto por la castración que anima el gran significante como finalidad supuesta de la obra, y el pequeño significado imaginario, el fantasma, como escapatoria sugerida de la vida" (Deleuze, Parnet 2002)

¿Cómo provocar la fuga? ¿Cómo deshacer el rostro que nos fija al sistema significante y de significación dominante?

Es a todas luces evidente que desde que el significante ha sido colocado en el centro de la práctica clínica las cosas no han mejorado, sólo se ha abandonado la interpretación del lenguaje, para dejar que el lenguaje se interprete a si mismo, e incluso que venga a interpretarnos.

Para recuperar la potencia creadora de la clínica psicológica se hace necesario abandonar la infinita reseña de interpretaciones que nos devuelven al agujero negro de nuestra conciencia en provecho de abrir el proceso a programas de experimentación, estos lejos de ser un manifiesto, una fantasía a realizar o un manual de vida, son puntos de orientación para conducir una experimentación que desborda toda capacidad de previsión. Entrar en un devenir es a su vez ingresar en procesos finitos de experimentación, son una especie de delirio. Fugarse de este modo significa precisamente salirse del riego, del surco. En una línea de fuga se expresa algo demoníaco que se opone a los dioses y a sus atributos, tanto como a sus propiedades y funciones fijas, territorios y códigos; por el contrario en la fuga se salta los segmentos y las líneas molares o duras, los surcos, las fronteras y los catastros; "saltar de un intervalo a otro, de un segmento a otro es trazar una línea de fuga". (Deleuze, Parnet 2002)

En una línea de fuga siempre se expresa una traición a las fuerzas estables que nos retienen fijados a un pasado historiado, o a una identidad, o a un orden que prepara nuestro porvenir:

"Nada revela mejor la traición que la elección de objeto. Y no porque sea una elección de objeto que es una noción desafortunada, sino porque es un devenir, el elemento demónico por excelencia. En la elección de Ana hay un devenir mujer de Ricardo III. ¿Y de qué es culpable el capitán Achab, en Melville? De haber elegido la ballena blanca en lugar de obedecer la ley de grupo de los pescadores que dice que cualquier ballena es buena para ser cazada. Ese es el elemento demónico de Achab, su traición, su relación con Leviatán, esa elección de objeto que lo compromete en un devenirballena." (Deleuze, Parnet 2002)

El buen encuentro realiza la conjunción, la trasmutación de los flujos por los que la vida fuga del resentimiento, de las personas, de las sociedades y de los reinos. Produce un

agenciamiento de enunciación, se hace evidente de este modo que la unidad real mínima del deseo es el agenciamiento que produce los enunciados. Un enunciado es el producto de un agenciamiento que siempre es colectivo, y que pone en juego dentro y fuera de los individuos y los sujetos, diversas poblaciones, multiplicidades, territorios, devenires, afectos y acontecimientos. Es una simpatía, que no debe confundirse con el sentimiento de estima, por el contrario es lo que provoca la mezcla, es fuerza o afecto de penetración de los cuerpos. El odio como el amor son mezclas, las simpatías son los cuerpos que se odian o aman y que al hacerlo ponen poblaciones en relación con esos cuerpos o sobre ellos. No debemos olvidar que los cuerpos pueden ser físicos como en principio tendemos a pensarlos, pero también biológicos, psíquicos, sociales o verbales.

En la simpatía no hay juicio, lo único que las rige son conveniencias entre cuerpos de cualquier naturaleza. Agenciar, trazar una línea de fuga es eso: estar en el medio, es decir, desplegarse en una línea de encuentro entre el mundo interior con el mundo exterior.

En la clínica se trata de despojar al amor de todo tipo de posesión, de toda identificación, para devenir capaces de amar. Eso es precisamente la simpatía, simplemente agenciarse con algo o con alguien.

El psicoterapeuta para sostener el proceso no debe jugar el papel del modelo o ser el objeto de las identificaciones, jugando al santurrón; ni hacer de frío doctor de las distancias, tan aséptico como paranoico.

¿Pero que es entonces en el campo clínico encontrarse con algo o con alguien? ¿Es un encuentro con alguien o con los devenires que lo pueblan o lo invaden; o con movimientos que lo conmueven? Uno puede decir que tal paciente dijo esto o aquello, detallar como uno lo ve, pero ello no es nada si no puede reconocer realmente las multiplicidades que lo pueblan: ese conjunto de sonidos repetidos, de gestos decisivos, de ideas, de ternuras y asperezas. Si hay algo que la clínica nos confirma es que somos desiertos, pero desiertos extremadamente poblados, como decía Deleuze; Nos enseña que la experimentación con uno mismo es nuestra verdadera identidad, una posibilidad única y por ello singular de experimentar las combinaciones que nos habitan.

BIBLIOGRAFÍA

Deleuze, G. (1986). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
Deleuze, G; Parnet, C. (2002). *Diálogos*. Madrid: Editorial Nacional.